

# Dice que deformación no le permitía salir por temor a las burlas Casa fue su cárcel por 20 años

Diario Tabasco Hoy

...hay prisioneros. Mayela Saldaña lo fue, sin embargo, no lo reconoce al venir de bañarse en casa de una vecina y reunirse con otras en un domicilio cercano al suyo.

De 34 años que cumplirá este 4 de mayo, esta joven pequeña, de cabello negro lacio y mirada triste contesta un rápido “bien” al preguntarle cómo le va.

Una amiga le pregunta si comió en alguna de las casas. Alguien más le insiste en que tome terapia, en que le vendría bien ante lo vivido. Mayela guarda silencio, las mira y sonríe como si no entendiera la insistencia de estas mujeres que han tendido una red de apoyo para ayudarla a salir adelante luego del encierro en que vivió en su propia casa durante los últimos 20 años.

**Una cárcel.** Fue en 1990 que sus padres decidieron tapiar su hogar, mantenerse con lo mínimo de ropa y comida, no dejar entrar a nadie ni tampoco salir a su única hija, entonces de 14 años.

Cuando el pasado 15 de marzo la madre, Deyanira Angélica Salinas



**La mujer todavía se ve muy temerosa y habla mucho de su mamá, que murió de un infarto.** TOMADA DE TABASCO HOY

Charles murió de un infarto a los 65 años, Mayela dejó el encierro. Dos años antes, su padre Juan Manuel Saldaña Garza falleció también de infarto. Tenía 64 años.

Tras la muerte de Angélica, co-

mo le decían a la mujer, los vecinos volvieron a encontrarse con esta chica cuya presencia en la casa había sido un misterio.

También pudieron entrar al domicilio sombrío y casi en ruinas

que fue una zona prohibida.

Nada raro se aprecia desde afuera de esa casa de una sola planta. Quizá por ello a algunos vecinos, al ver a un par de viejos solos y reservados, jamás les pareció que algo sospechoso se ocultara entre sus muros.

De hecho, cuando preguntaban por Mayela, los padres decían que su hija estaba casada en Houston o que vivía con sus tíos o que estudiaba lejos. A la madre incluso le enfadaban las preguntas.

**Niña asustada.** Ya dentro de la vivienda, huele a humedad y encierro. Hay una vieja sala cubierta por plástico y ropas, un televisor, un pequeño comedor y unos muebles empolvados.

En el patio, sentada en una silla, Mayela habla rápidamente y en momentos como si fuera una niña asustada de lo que fue su vida antes de la adolescencia, época en que el vecindario la perdió de vista.

“Cuando era niña salía con las del barrio, estábamos hasta las 11, 12 de la noche, hasta que nos fuimos a Valle Verde a vivir con mi abuelita para que no estuviera sola después de que murió mi abuelito.

“Allí estuvimos unos cuatro años y medio”, narra de manera atropellada, como si nada extraño hubiera en su pasado, y sin soltar su monedero y una bolsa de plástico donde lleva prendas de ropa.

Otros vecinos dicen, por el contrario, que acaso fue un año el que estuvieron en Valle Verde y luego volvieron a esta casa casi siempre cerrada.

Por esos años, recuerda, dejó la escuela en segundo de secundaria debido a que sus padres le dijeron que no podían pagar las cuotas y porque es “está cerrada del coco (la cabeza)”, para los estudios.

Mayela afirma que durante los primeros seis años estuvo encerrada en esa casa por una deformación en los pómulos y las sienes que le impedía salir por el dolor y por el temor a burlas.

“Me estiraba de los cabellos y me dolía. Yo lloraba y mamá me decía ‘¡ay, hijita de mi vida! ¿qué quieres que haga si no tengo dinero para curarte?’. Lo mismo papá, lloraba de tristeza”.

Ante la pregunta de cómo fueron sus padres y si le hicieron daño insiste en que se portaron bien con ella. Pero casi no habla del padre y sí mucho de la madre.